

A.C.N. DE P.

AÑO XL

15 julio 1963

NUM. 755

Depósito legal: M. 244-1958

EL CRISTIANISMO ESPAÑOL TIENE SUS RAICES EN LA PREDICACION PERSONAL DEL APOSTOL DE LAS GENTES

La venida de San Pablo a España es un hecho histórico plenamente probado

FECHAS, ITINERARIOS Y REGIONES VISITADAS QUEDAN EN EL CAMPO DE LAS HIPOTESIS HISTORICAS

Texto de la ponencia explicada en el Círculo de Estudios del Centro de Madrid por el padre Serafín de Ausejo, O. F. M. Cap., dentro del ciclo sobre "Espiritualidad paulina"

El 18 de abril pasado inauguró el Centro de Madrid el Círculo de Estudios dedicado a la "Espiritualidad paulina", con motivo del XIX centenario de la venida de San Pablo a España. La conferencia inaugural estuvo a cargo del padre Serafín de Ausejo, O. F. M. Cap., profesor de Sagrada Escritura en el Teologado de los padres capuchinos en Sevilla. Transcribimos a continuación el texto íntegro de su ponencia. En el diálogo que siguió a la exposición intervinieron los señores Vega Sampedro, Fernández Maza, Sánchez Agesta, Morales Oliver y el Presidente nacional de la Asociación, don Alberto Martín Artajo.

Antes de comenzar paréceme oportuno explicarles el porqué de mi afición a este estudio sobre la venida de San Pablo a España y el modo en que pretendo exponer el tema.

Mi afición al estudio de San Pablo, y concretamente al problema de si vino o no vino a España, no es de hoy, ni ha nacido en mí con ocasión del presente centenario. Es bastante más antiguo. En los muchos años que llevo explicando la Sagrada Escritura, cuando había de trazar el panorama de la actividad apostólica de Pablo, ya me preocupaban los argumentos que pudiera haber sobre el viaje hispánico del Apóstol. Hace unos seis años, con el fin de añadir unas páginas sobre este tema en el artículo "Pablo", de un "Diccionario de la Biblia", que acabo de traducir y publicar, empecé a investigar ya decididamente este problema. En mi investigación me llevé gratas sorpresas. No solamente se podía defender como probable el viaje de San Pablo a España. El valor de la argumentación es tal que se debe defender ese viaje. Creo sinceramente que hoy no es ya posible poner en duda su realización. Incluso pueden adelantarse, a manera de hipótesis, algunos datos sobre su itinerario y sobre los frutos conseguidos por Pablo entre nosotros.

Indirectamente, sin proponérmelo por mi parte, he influido en que se celebre

actualmente el Centenario. La razón es muy sencilla. Como resultado de mis primeras investigaciones, en 1961 expuse en la Semana Bíblica, que anualmente celebramos los escrituristas en Madrid, mis puntos de vista sobre la cuestión. El eminentísimo señor Cardenal de Tarra-gona me escribió en seguida pidiéndome la conferencia. Se la mandé. Vió que había, efectivamente, base histórica suficiente para celebrar el centenario, y él lo organizó. Así que, indirectamente, he contribuido a que la venida del Apóstol a España no pase inadvertida para los españoles.

La venida es un hecho históricamente probado

En cuanto al tema, que procuraré exponer con toda sencillez, paréceme que puede sentarse esta tesis: "Los datos bíblicos indican que Pablo tuvo el decidido propósito de anunciar el Evangelio en España; los datos extrabíblicos demuestran que realizó, efectivamente, su proyectado viaje." En cambio, el itinerario seguido para llegar hasta nosotros y dentro de nuestra Patria, la fecha de su viaje, las regiones que visitó, son meras hipótesis. Es decir: ciertamente sabemos por la Sagrada Escritura que intentó venir; ciertamente vino, según lo atestigua la documentación extrabíblica; fechas, itinerarios y regiones vi-

sitadas quedan todavía en el campo de lo meramente hipotético.

El tema de la venida de San Pablo a España no es nuevo. Lo estudiaron ya, en lo que va de siglo, muchos exegetas e historiadores, así católicos como protestantes. Un estudio exhaustivo, aunque susceptible de pequeñas determinaciones ulteriores, lo ofreció en 1929 el padre Zacarías GARCIA VILLADA en su magnífica "Historia Eclesiástica de España". Y todos aquellos que se ocuparon de estudiar a fondo la cuestión llegaron siempre a la misma conclusión: San Pablo manifiesta en el capítulo 15 de su Carta a los Romanos que tiene el decidido propósito de venir a España y que los mismos romanos serán los encargados de traerlo hasta nosotros. ¿Pudo realizar realmente este su deseo? Si en los libros sagrados no hay constancia de tal viaje, los documentos extrabíblicos demuestran que, efectivamente, lo realizó. Vamos a verlo.

El propósito de San Pablo de venir a España

San Pablo escribe su Carta a los Romanos en el año 58, según la cronología más aceptada, desde Corinto. Les manifiesta su propósito de pasar por Roma y continuar para España no como cosa más o menos probable y en forma dubitativa, sino de manera clara, terminante, decidida: Iré. Dos veces lo repite (Rom. 15, 24 y 28). Y este propósito lo tiene "desde hace muchos años". ¿Desde cuándo? Me gustaría relacionar este pequeño dato con la estancia del Apóstol en Corinto, por primera vez, en el año 52. Fué entonces cuando se encontró allí con un español, con un cordobés, Galión, hermano mayor de Séneca, el filósofo. Era entonces Galión procónsul de Acaya. Los judíos de Corinto promovieron un fuerte motín contra Pablo y lo llevaron ante el tribunal de Galión. Este lo trató benignamente, pues ni siquiera permitió que fuera aceptada la

demanda, sino que le dejó predicar a Cristo con toda libertad.

Mas no pensemos que San Pablo ignoraba la existencia de España hasta esta ocasión. Su cultura, tanto helenística (adquirida durante la niñez en su ciudad natal) como rabínica (conseguida en Jerusalén, en la escuela del célebre rabino Gamaliel), era muy completa. En la Biblia se habla de España, especialmente de la región de Tarsis, localizada siempre hacia la Bética actual. Y en su constante peregrinar, seguramente se encontraría con no pocos españoles, esparcidos a todo lo largo y ancho del Imperio, bien por razones comerciales, bien —y principalmente— por estar enrolados en las legiones romanas. Además, el emperador Claudio había expulsado de Roma en el año 49 a todos los judíos, sin distinción alguna entre judíos y cristianos. En Corinto se encontró Pablo con el matrimonio judeo-cristiano Aquila y Priscila, a quienes también encontraría de nuevo en Efeso. Ellos eran de los judíos expulsados de Roma por Claudio. Y nada raro sería que, al igual de como suele suceder en casos semejantes, como sucedió cuando los Reyes Católicos expulsaron de España a los judíos, éstos salieran en todas direcciones. Aquila y Priscila indicarían a Pablo que si ellos habían tomado el camino de Oriente, otros judíos, "hermanos" ya en la fe cristiana, tomaron el camino de Occidente hacia la Hispania, hacia esa Hispania cuya cultura y cuyo comercio se imponía ya en la capital misma del Imperio.

Por consiguiente, por muy diversos caminos pudo conocer Pablo no solamente la situación geográfica de España, sino su total pacificación también, su verdadera cultura romana y el establecimiento de judíos en algunas de sus regiones.

El propósito de Pablo es el de venir pronto para España. Solamente retrasará su viaje por muy poco tiempo: el suficiente para ir de Corinto a Jerusalén, donde ha de entregar, para socorrer a aquella iglesia, muy empobrecida, las fuertes limosnas que generosamente le han dado los "hermanos" de Grecia. En seguida que haga la entrega partirá para Roma y España.

Prueba documental del hecho de la venida

Tres son los documentos en favor de esta tesis. Los dos primeros son irrefutables. Y el primero de todos, de un valor realmente extraordinario.

San Clemente de Roma

San Clemente de Roma, siendo ya Sumo Pontífice, escribe una carta a los corintios hacia el año 96. Apuntemos fechas. Del 63 al 96 van treinta y tres años de diferencia. En el 96, Clemente de Roma es ya Papa. Por consiguiente, treinta y tres años antes no sería un niño, sino un joven ya crecido o un hombre maduro. Calculemos, por ejemplo, que en el 96, siendo ya Papa, Clemente tiene unos sesenta años. Luego treinta y tres años antes tendría de veinticinco a treinta años. Por lo tanto, Clemente pudo conocer muy bien a Pablo en persona, verle salir de la prisión, saber cuál fué el itinerario que Pablo siguió apenas salido de la prisión romana. Podríamos, pues, decir que es un testigo de vista de valor excepcional.

Este testigo excepcional escribe que Pablo, ejemplo de todos por lo mucho que ha trabajado por Cristo, ha llevado la fe "hasta el extremo de Occidente".

La primera prisión de San Pablo en Roma

Pero Dios le tenía reservadas nuevas tribulaciones, que habían de comenzar en Jerusalén precisamente. Por contentar a los judíos ya cristianos de Jerusalén, que seguían observando también los ritos judaicos, Pablo se presentó en el templo. Reconociéronlo unos judíos de Efeso y lograron amotinar a la multitud contra Pablo. Tuvo que intervenir la fuerza militar romana. El tribuno lo salvó de una muerte segura a manos de la multitud, pero el Apóstol quedó encarcelado en la Torre Antonia. De allí fué trasladado a Cesárea de Palestina, donde pasó dos años en prisión. Por haber apelado al César, como ciudadano romano que era, hubo de hacer el viaje a Roma bajo la custodia militar. Viaje durísimo, por ser pleno invierno del año 60 al 61, con el consiguiente naufragio en Malta. Por fin, en la primavera del 61, llega a Roma, y allí permanecerá todavía dos años prisionero. Su proyecto de viaje a España se ha retrasado casi cinco años. (Véase la maravillosa relación de este viaje marítimo, con su admirable realismo, contada por San Lucas, compañero de viaje, en los "Hechos de los Apóstoles", cap. 27 y 28.)

El libro de los "Hechos" termina con la prisión romana de Pablo. Esta ha durado—dice—dos años. El autor sagrado sabe que la prisión de Pablo ha concluido. Pero el libro no continúa la narración. El libro queda sin terminar. No nos cuenta, pues, lo que Pablo hace desde esa fecha en adelante. Desde que el Apóstol manifiesta en su Carta a los Romanos sus deseos de venir a Roma para continuar hasta España (año 58), hasta que acaba su prisión romana, han pasado casi cinco años: dos en Cesarea, el invierno del 60 al 61 en el viaje marítimo y dos años de prisión en Roma. Estamos, pues, en la primavera del 63.

Al salir de la prisión, ¿hacia dónde dirige sus pasos?

A mi modo de ver, es ahora cuando emprende su viaje hacia España. Pero distinguamos muy bien entre la fecha de su venida, problema más o menos discutible, y el hecho de esa venida, que es históricamente innegable.

La frase parecerá más o menos retórica, más o menos imprecisa, por lo que no sabemos cuáles pueden ser las regiones a las que Clemente se refiere. Pero no es así. La frase es imprecisa solamente en apariencia. Para un hombre de aquella época, con relativa cultura, el extremo o el límite de Occidente no señala una región vaga, indeterminada, imprecisa. En los geógrafos griegos de la época, esas palabras indican concretamente a España; más aún: la región de las columnas de Hércules, la Bética, la Andalucía actual. Estrabón dedica su tercer libro de Geografía a la descripción de España. Escribe en griego, como San Clemente, siendo unos decenios anterior a él. Pueden recogerse en Estrabón (yo los tengo registrados) varios pasajes por los que se ve cómo con palabras más o menos diversas, pero siempre muy semejantes y aun idénticas a las de Clemente, Estrabón señala concretamente la región geográfica de las columnas de Hércules, la Andalucía actual. "Término de Occidente" no es, por tanto, una región indeterminada. La expresión podría compararse con el nombre de nuestra capital de provincia actualmente

llamada Ciudad Real. Con este nombre no nos referimos a cualquier ciudad indeterminada, donde suele habitar el rey, sino a una ciudad concreta, determinada, tanto si el rey habita allí como si jamás pone en ella sus plantas.

En la época de Clemente, "término de Occidente" no es una región cualquiera, "el fin del mundo", como solemos oír vulgarmente en nuestras conversaciones. Y menos para un romano, como era Clemente. Roma no era el término del Imperio, sino el centro. Cuando escribe, pues, a los corintios esa frase relativa a la actividad de Pablo (nótese que en ambas iglesias, en la de Roma y en la de Corinto, intervino el Apóstol), las palabras "término de Occidente" no pueden tener en la pluma de Clemente sino el mismo sentido que tenían ya para Estrabón y el que naturalmente tenían para todo romano que las escuchara: España y sólo España. O mejor aún: la región cercana a las Columnas. En 1914 publicó el alemán Duwoby un largo trabajo (111 páginas) sobre el testimonio de Clemente que estamos comentando. Pasan los años, pero sus conclusiones siguen en pie. El testimonio de Clemente nada tiene de amplificación retórica, sin fundamento en la realidad histórica; nada tiene de indeterminación geográfica. El valor de su dato es real. Su testimonio es irrefutable.

El "Fragmento de Muratori"

Tenemos también otro documento antiquísimo, igualmente irrefutable, en favor de la venida del apóstol San Pablo a España. Es del siglo II. Entre los eclesiásticos es un documento celeberrimo. Llámase "Canon muratoriano" o "Fragmento de Muratori" (del nombre del que lo descubrió en la Biblioteca Ambrosiana, de Milán). Es de la segunda mitad del siglo II, seguramente hacia los años 160-170. Consérvase en latín, pero su original debió de ser el griego. Algunos, como el padre Lagrange, piensan que su autor fué quizá Hipólito de Roma. De todas maneras, ya dice mucho en favor de la venida de San Pablo a España, que, además del documento contemporáneo, casi, a San Pablo, el antes citado de Clemente, tengamos ahora otro documento, independiente del anterior en su estructura, pero antiquísimo también y de un valor excepcional, por cuanto representa la tradición oficial de la Iglesia de Roma.

Efectivamente, el "Fragmento de Muratori" es un catálogo oficial de cuáles son los libros sagrados que deben admitirse como tales en la Iglesia. Al hablar de los "Hechos de los Apóstoles", el autor del Fragmento señala cómo Lucas lo dedica a Teófilo y que termina el libro con la prisión de Pablo en Roma; pero que no cuenta en él "ni el martirio de Pedro ni el viaje de Pablo a España, por no haberlos presenciado". Así es en verdad. No se cuentan tales cosas en los "Hechos". Pero el autor del Fragmento da ambas cosas por reales, históricas: el martirio de Pedro y el viaje de Pablo a España. Y es de notar que, por la forma en que está redactado y el contexto de sus frases, este documento es literariamente independiente del documento de Clemente. Más bien habrá que pensar, puesto que el autor del Fragmento está dando el catálogo oficial de los libros sagrados según el sentir de la Iglesia de Roma, que con esas frases testimonia el sentir de la Iglesia romana referente a la ve-

racidad de los dos hechos a que alude: el martirio de Pedro y el viaje de Pablo a España. Existía, pues, en Roma en el siglo II tradición segura y oficial sobre el hecho de que San Pablo realizó sus deseos de venir a España a predicar el Evangelio de Cristo.

El "Actus Petri cum Simone"

Existe otro tercer testimonio, casi contemporáneo también de los anteriores o, mejor dicho, del "Fragmento de Muratori". Desde luego es del siglo II, aproximadamente de los años 180-190. Pero está escrito en un ambiente geográfico totalmente distinto y distante del de Roma. Tuvo su origen en el norte de Palestina o en Siria. Consérvase íntegro en latín, y algunos capítulos también en griego, que es, evidentemente, su lengua original. Titúlase "Actus Petri" o, como dicen otros, "Actus Petri cum Simone". Desde luego es un apócrifo, en el que se narran muchas cosas fantásticas. Pero cuantos han estudiado esta obra reconocen que en ella hay un núcleo histórico, que lo sustancial de sus afirmaciones es cierto. Los tres primeros capítulos de esta obra narran la salida de San Pablo de la prisión romana; pintan el viaje de Pablo desde Roma a Ostia (desembocadura del Tiber), para embarcar allí con rumbo a España. Un fuerte temporal impide el comienzo de la navegación. Ha de esperar varios días, durante los cuales acuden a Ostia nuevos grupos de cristianos romanos para despedir al Apóstol. Finalmente, acompañado de varios romanos, emprende el viaje por mar hacia España. Más adelante, en el capítulo quinto, vuelve a afirmar de manera clara y terminante la realización

de tal viaje. Nótese la geografía en que nace este escrito, tan distante de Roma, y la mentalidad con que está escrito, tan distinta de los documentos anteriormente citados. Ello demuestra que por la Iglesia de Oriente circulaba también la noticia de que Pablo realizó efectivamente su proyectado viaje a España.

Con estos tres testimonios, de tan venerable antigüedad, queda bien demostrada la tesis. Aunque no tengamos más testimonios de aquella época en favor de la venida, ya es bastante; sobre todo, si se tiene en cuenta que este viaje de Pablo a España no fué para él nada extraordinario, sino una misión más de tantas como realizó. Estamos, pues, en lo cierto al afirmar como un hecho histórico la venida del Apóstol hasta nosotros.

Testimonios patristicos

Podríamos añadir todavía diez o doce textos de los Santos Padres, de diversa geografía y de diversas lenguas, con los que testifican la realización de aquel viaje. Son excepcionales testigos de ello San Juan Crisóstomo y Teodoreto, entre los orientales; San Jerónimo, entre los occidentales. No es menester aducir los textos aquí. Pero estos testimonios de los Santos Padres nos llevan a concluir que, desde el siglo I de nuestra era hasta el siglo V, en toda la geografía del Mediterráneo, en todas las iglesias de Oriente y en la de Roma, existe una verdadera tradición histórica de que Pablo vino a predicar la fe de Cristo a España. Por consiguiente, aunque los documentos bíblicos nos hablen solamente del proyecto, los testimonios extrabíblicos nos demuestran que Pablo realizó, efectivamente, su proyectado viaje hasta España.

laba el brocal de un pozo con el nombre de su propietario. Llamábase éste Thadday, es decir, Thaddaeus, nombre clarísimamente hebreo. Y esta lápida, según Hübner, que la tiene registrada en su "Corpus Inscriptionum Latinarum", es de tiempos de Augusto, a juzgar por la clase de sus letras. Augusto murió en el año 14 de nuestra era. Esta lápida demostraría la presencia de judíos en la Bética desde muchos decenios antes que Pablo visitara nuestra Patria. Existe también otra lápida, esta vez sepulcral, que es, hasta el presente, la más antigua hallada en España entre aquellas en que figura, junto al nombre del difunto, su condición de raza y religión judías. Fué encontrada en Adra, junto a Almería. Aproximadamente debe fecharse hacia el año 200. La difunta era una niña de un año y cuatro meses. Su nombre es Anna (aunque la primera letra falta). Sigue luego, a manera de apellido, otra palabra un tanto truncada, que todos interpretan como Salomónula, nombre también de evidente origen judío. Y por último se hace constar su raza y religión: Iudaea. No sería difícil reunir amplia documentación literaria sobre la presencia de judíos en España en tiempos de Pablo. Pero basten esos ejemplos epigráficos para demostrarlo.

Regiones romanizadas

Otro detalle que ha de tenerse en cuenta es la romanización de las regiones a donde se dirigía el Apóstol. Entiéndase por romanización el influjo de la cultura romana, tanto si en la región se hablaba latín como si se hablaba griego. En la misma Roma era bastante corriente, aun entre el pueblo, entenderse en esta última lengua. Pero el hecho es que San Pablo siempre se dirigió a regiones de cultura helenística o romana, y no de cultura oriental. Y a este respecto, ¿qué decir de la romanización de la Tarraconense, y mucho más aún de la Bética? Ya recordábamos antes que Galión, nacido en Córdoba, era próconsul de Acaya, en Corinto, por el año 52. Séneca, su hermano, era por aquel entonces preceptor de Nerón. Seguramente a su influencia o recomendación debería Galión el puesto que había conseguido. Pero la cultura española de entonces, particularmente de la Bética, se imponía incluso en la misma capital del Imperio. No hay por qué detenerse en demostrar este extremo, bien conocido de todos.

La hipótesis del viaje por mar

Por otra parte, las facilidades de realizar este viaje eran manifiestas, tanto por tierra como por mar. Según el testimonio de Plinio, en cuatro días o muy poco más se navegaba desde Ostia a Tarracona. En siete días de navegación se cubría la distancia desde el mismo puerto romano hasta Cádiz. Había lo que hoy llamaríamos líneas regulares para servir el activísimo comercio existente entre la Bética y Roma. Para Roma salían ordinariamente desde Cádiz los productos de esta fértil región, que eran entonces, como lo son hoy, principalmente el aceite y el vino. Buena prueba de ello son las muchísimas ánforas encontradas en el monte Testaccio, de Roma, las cuales llevan la marca, entre otras, de "Lacca", que indica el lugar de su fabricación. Era éste la región del Gualdele. A la entrada de Jerez, yendo desde Sevilla, consérvase aún—a mi entender—ese nombre. Hay una cañada llamada "Cañada de Albadalejo". En siglos anteriores se llamó "cañada de Badulaque". "Badu" bien pudiera ser de-

Críterios históricos para determinar el itinerario español de San Pablo

¿Hacia dónde se dirigió? ¿Cuáles fueron las regiones españolas evangelizadas por el Apóstol? ¿Cuánto tiempo duró su misión entre nosotros? Entramos aquí en lo simplemente hipotético. Pero, rastreando en los datos de la historia y en las circunstancias de nuestra Patria en aquel entonces, algo se puede vislumbrar.

Regiones pacificadas, no fronterizas

Ya indicábamos antes cuáles eran generalmente las condiciones que una región determinada había de tener para que Pablo se dirigiera a ella con planes de evangelización. En primer lugar, nunca buscó las regiones fronterizas del Imperio, donde las legiones romanas estuvieran batallando contra los bárbaros. Buscó siempre regiones totalmente pacificadas. Ya sabéis que había provincias romanas "imperiales", regidas directamente por el emperador a través del ejército, y provincias "senatoriales", gobernadas por personal civil, sometidas al Senado. De las tres provincias en que estaba dividida España—Tarraconense, Lusitania y Bética—, la plenamente senatorial, desde por lo menos un siglo antes de San Pablo, era precisamente la Bética. La Tarraconense, que comprendía desde la actual Cataluña hasta sus límites con la Bética, también estaba muy romanizada en todo el litoral. Quizá no tanto hacia el interior. Pero la Bética sí, desde mucho antes de la época de San Pablo.

Presencia de comunidades judías

Otro detalle hay que tener presente para determinar en concreto cuáles fueron las regiones misionadas por el Apóstol. Este procuró siempre dirigirse en sus misiones a aquellos lugares donde hubiera ya asentados algunos núcleos judíos, a quienes solía proponer, en primer lugar, la nueva doctrina. Es de suponer, y lo admiten hoy sin dificultad los especialistas en la materia, que por toda España, más o menos, estaban extendidos los judíos. Sin embargo, hoy por hoy, es también la Bética la región en donde se encuentran testimonios epigráficos más antiguos de la presencia de judíos. La costumbre de hacer constar en lápidas sepulcrales la raza y religión judías tal vez no estuviera todavía en uso durante el siglo I. En Córdoba fué hallada una lápida que seña-

LEA Y DIVULGUE
LA COLECCION

BIEN COMUN

editada por la

A. C. N. de P.

y

EURAMERICA

formación de la palabra árabe "wadi" (río, torrente), y "laque" conserva aún las reminiscencias del nombre romano. La epigrafía, la cerámica, la historia, demuestran bien claramente la existencia de un activísimo comercio entre la Bética y Roma, principalmente por mar.

La hipótesis del viaje por tierra

Más también por tierra había facilidades para un viaje desde Roma a España, incluso a la Bética. Partía de Roma la llamada "vía Aurelia", que todavía hoy conserva idéntico nombre. Por el litoral tirreno enlazaba con el mediodía de Francia y con los Pirineos. De aquí, de La Junquera, partía entonces, como también hoy, la carretera, la gran "vía Augusta", que continuaba hasta Tarragona, y luego, por todo nuestro Levante, se internaba, por la actual Lorca, hacia Guadix, Granada, Córdoba, Sevilla, para terminar en Cádiz.

San Pablo pudo dirigirse a España lo mismo por tierra que por mar. Lo más probable es que lo hiciera por mar, según el testimonio antes citado de "Actus Petri" y según también uno de los textos de San Jerónimo, que expresamente así lo afirma. Y en este caso su itinerario sería: de Ostia a Tarragona (¿tocando antes en Marsella?), y de aquí, por tierra, hacia el Sur, pasando por Valencia, Murcia, Guadix,

Granada. (Luego hablaremos otra vez de este itinerario.)

El problema de las fechas

En cuanto a las fechas, son muy diversos los pareceres. Hay quienes pretenden que Pablo, al salir de la prisión romana, marchó a Oriente y luego vuelve hacia España. Atendiendo a los propósitos del Apóstol, más lógico parece afirmar que una vez liberado de la prisión, y sin que hubiera motivos especiales para dirigirse en seguida hacia Oriente, se embarcó muy pronto para España. Pensar que Pablo, estando ya libre en Roma, y cuando tenía casi la totalidad de su camino hecho (considerando la distancia de Jerusalén hasta España), vuelve ahora hacia Oriente, no es lógico. El texto de Filemón (v. 22), donde Pablo le anuncia cómo debe prepararle hospedaje para su próxima visita, no es concluyente; puede ser sencillamente un acto de confianza del Apóstol a fin de que reciba con benevolencia a Onésimo, el esclavo fugitivo. Irá, sí, a Oriente. Pero más tarde. Este pequeño dato de la carta a Filemón no es suficiente para decir que Pablo, presente ya y libre en Roma, cambió el curso de su viaje, proyectado desde el 58 y realizado en su mayor parte.

Fijación del itinerario probable de San Pablo en España

Primero, Tarragona

Viniendo otra vez a la cuestión del itinerario o, mejor, de las regiones hispanas visitadas por el Apóstol, hemos de nombrar en primer lugar a Tarragona. ¿Por qué? Por razón de otro detalle relativo a la manera de actuar de San Pablo. Solía él hacer sus viajes sin prisas, deteniéndose en cada lugar el tiempo necesario; y, además, nunca se trasladaba a países muy lejanos sin haber jalonado antes el terreno intermedio con cristiandades fundadas por él. Solamente de Tesalónica sabemos que allí no se detuvo más que tres semanas. Pero el motivo de salir tan pronto no fué por quererlo así el Apóstol. Fué por causa de los judíos, que le promovieron un gran motín. A pesar de todo, no quería Pablo salir. Pero los discípulos lo embarcaron a viva fuerza, para que se trasladara a Berea; y perseguido también allí por los mismos judíos de Tesalónica, hubo de trasladarse a Atenas y luego a Corinto. Pero fuera de estos casos especiales él iba fundando iglesias que fueran como hitos o estaciones intermedias. Por consiguiente, aunque Pablo pensara llegar hasta la Bética, también en este viaje iría jalonando el terreno, como lo hizo siempre. Y ninguna ciudad más apropiada dentro del territorio español para ser la primera en que el Apóstol pusiera sus pies que la Tarragona de entonces, totalmente romana. No hay datos fehacientes de la estancia del Apóstol allí. (Quiero decir datos fehacientes de la época.) Pero sí hay un hecho real, perfectamente histórico, que apenas tiene explicación si no es por la presencia de Pablo en esta ciudad. Para el año 257, cuando menos, existía ya en Tarragona una necrópolis cristiana. La existencia de un cementerio propio para los cristianos indica que el cristianismo estaba allí muy arraigado y que no era de fun-

dación reciente. La presencia de Pablo en esta ciudad explicaría, mejor que cualquiera otra hipótesis, la razón de ese cristianismo tan vigoroso. La tradición posterior confirmaría tales suposiciones. Tal vez esta tradición diste demasiado de los hechos. Pero unida a la existencia indiscutible de aquella cristiandad desde primera hora, bien puede servir para convalidar la hipótesis de la predicación de San Pablo allí.

Después, a la Bética, Andalucía

Más ¿por qué le hacemos saltar luego de Tarragona hasta la Bética?

Vamos por partes. No le hacemos saltar, como si fuera en avión. Su viaje continuaría, como era costumbre en él, sembrando la semilla del cristianismo por las demás ciudades intermedias, desde Tarragona, por todo nuestro Levante. Pero hay razones especiales, a mi entender, que demuestran o exigen la presencia de Pablo en la Bética. Ya hemos hablado antes acerca de la romanización, la cultura, el comercio, la presencia de judíos, en esta última región. Ninguna otra región española reunía en tanto grado como la Bética todo ese conjunto de condiciones que solía mirar San Pablo antes de dirigirse a predicar allá el Evangelio. Pero tenemos, además, otros datos, siempre favorables a esta hipótesis.

Pablo no suele mandar misioneros que le precedan. El es el primero en desbrozar el terreno. Luego mandará a sus discípulos como suplentes, como continuadores de la obra iniciada por él. Precisamente en este detalle se apoyan algunos exegetas para creer que Pablo, en su viaje a España, pasó algún tiempo en Marsella. En la segunda carta a Timoteo (4, 10), escrita desde Roma, donde Pablo se encuentra prisionero por segunda vez, en los años 66-67, sin esperanzas ya de salir de la prisión, le dice a Timoteo que ha mandado a Crescente

a la Galia (que sería, naturalmente, Marsella). Verdad es que unos códices leen aquí Galacia y otros Galia. Hay quienes piensan que en ambos casos se refiere a la Galia (seguramente, la región de Marsella, por ser también la más romanizada, y en donde, sin duda alguna, había igualmente numerosos judíos). Si envía a un discípulo suyo a la Galia, eso indicaría que él había estado antes por allí. De aquí que en su viaje a España, hecho por mar desde Ostia, tal vez llegara antes a Marsella para continuar luego hacia Tarragona. Todo ello entraría perfectamente en la costumbre seguida por el Apóstol en sus planes misioneros.

Prueba histórica

Apliquemos ahora estos razonamientos y las circunstancias históricas apuntadas a la Bética. Hay una leyenda, que en el fondo es historia, conocida con el nombre de los Siete Varones Apostólicos. Lo sustancial de esta leyenda parece ser que hubo, efectivamente, un grupo de siete misioneros, enviados desde Roma por los apóstoles. Estos no pueden ser otros que Pedro y Pablo. Son los únicos de quienes puede afirmarse que estuvieron juntos en Roma. Los españoles, desde hace unos siglos, nos hemos empeñado en tergiversar el fondo histórico que pueda tener esta leyenda, por defender que fué con el Apóstol Santiago con quien tuvieron relación aquellos siete misioneros. Pero no es así. Todas las circunstancias históricas concurren en que no fué Santiago, sino San Pedro y San Pablo, quienes enviaron desde Roma a tales misioneros camino de España. Por consiguiente, siendo Pablo uno de los apóstoles que los enviaron, podremos decir que aquella región a la cual se dirijan los misioneros ésa será la región anteriormente visitada por el Apóstol. ¿Y dónde se establecen? Todos los siete, sin excepción, en ciudades perfectamente localizadas en la alta Andalucía oriental y asomándose al valle del Guadalquivir. Los nombres de estas siete ciudades son: Acci (Guadix), Illiberis (Granada), Illiturgis (cuevas de Lituergo, junto a Andújar), Urçi (que algunos identifican con Villaricos y otros con Vera de Almería, aunque yo lo identificaría mejor, por razón filológica, con Orce, en la misma provincia de Almería, o con Huércal, donde también aparecen vestigios romanos), Carcesi (Cazorla, o mejor Carchalejo), Vergi (Berja, para unos; Albuniel de Cambil, para otros). Queda Abula. Aquí otra vez hemos tergiversado las cosas. De Abula queremos que salga Avila. Filológicamente, esto no es nada probable, además de aparecer históricamente como muy difícil que uno solo de los siete misioneros, abandonando la región donde se establecieron sus compañeros, marchara a ciudad tan lejana y de condiciones muy distintas a las de aquella región bética. Nuestra Avila de hoy llamábase en tiempos romanos generalmente Avela; y filológicamente, de este nombre, por itacismo, se deriva Avila. Pero la u de Abula difícilmente puede convertirse en i. Es mucho más lógico que, por ser átona, desaparezca. Una vez desaparecida nos queda Abia. Y este nombre se conserva todavía en la misma región donde están enclavadas las otras seis ciudades. Abia es el nombre de un río, y también de una población, con vestigios romanos, entre Guadix y Almería. Por todo lo cual se ve que todos los siete varones apostólicos se establecen en ciudades que ahora pertenecen a las actuales provincias de Al-

meria, Granada y Jaén, acercándose ya a Córdoba, al valle del Guadalquivir. Por todo ello creo que podemos concluir, a manera de hipótesis muy plausible, que Pablo, en la primavera del 63, al salir de su prisión romana, se dirige, por Marsella (?), Tarragona y Levante, a la Bética, para predicar allí el Evangelio.

Duración de su estancia en Andalucía

Pero no pudo estar mucho tiempo entre nosotros, sobre todo si comparamos la duración de su viaje a España con la duración de sus demás viajes misioneros. En la semana que va del 18 al 24 de julio del año 64 sucedía en Roma un hecho con caracteres de catástrofe, que truncaría la misión española de Pablo. Me refiero al incendio de Roma bajo Nerón y a la inmediata persecución de los cristianos, a quienes se quiso hacer responsables del incendio de la urbe. Pablo se encontraba entonces en España. Aquí tendría noticias del incendio y de la persecución iniciada. Desconocía el alcance y la extensión que ésta podría tener. ¿Qué iba a suceder en tantas iglesias por él fundadas en toda la cuenca del Mediterráneo? Aunque a manera de hipótesis, pienso que Pablo saldría inmediatamente hacia Oriente para visitar aquellas iglesias. Y no creo que pasara por Roma, donde también peligraría su vida en aquellos momentos, sino más bien costeano por el norte de África (Cartago), hacia Creta, o por otro camino desconocido. Desde luego, en Creta aparece nuevamente, donde deja por obispo de la isla a su amado discípulo Tito. De Creta va a Efeso y a Tróade. Aquí lo detiene la policía imperial y, como ciudadano romano que es, lo conduce primero a Roma por segunda vez. Esto sería por el año 66 o principios del 67. Y en Roma moriría decapitado durante el 67. Con ello tenemos que el Apóstol no puede estar en España más que poco más de un año. Su obra en España quedaría, en cierto modo, sin terminar. Pero, si no la termina en conformidad con sus inmensos afanes de apóstol, siembra entre nosotros la semilla del cristianismo, que luego habian de cuidar los misioneros enviados durante su segunda prisión romana por él.

La Iglesia española, Iglesia apostólica

Este es el panorama de la visita de San Pablo a los españoles. Mucho habría que decir de los frutos cosechados entre nosotros. No hay tampoco datos muy concretos, pero sí los suficientes para confirmar la serie de hipótesis que venimos proponiendo. Ya he indicado que Tarragona tiene muchísimas probabilidades de haber sido la primera ciudad española visitada por San Pablo; y buena prueba de ello sería el cristianismo tan arraigado que allí floreció desde los tiempos apostólicos, del que da fe en el siglo III la necrópolis cristiana. Otro tanto podemos decir de la Bética, que reunía además, en otros aspectos (romanización, cultura, comercio, núcleo de judíos), mejores condiciones aún para la evangelización, según las costumbres seguidas por el Apóstol. La pujanza del cristianismo en la Bética es tal, que para el año 300 (concretamente, en el 302 o 305) se celebra en Illiberis (Granada) el primer Concilio regional, que tanta resonancia tuvo en la historia de la Iglesia; y esto varios

lustros antes de que Constantino concediera la paz a la Iglesia y de que se celebrara el primer Concilio general de Nicea (en el 325). A este Concilio de Illiberis acudieron más de cuarenta obispos. Alguno que otro hubo de regiones del Norte. Pero la mayoría son de la región del Sur, especialmente de la región cercana a Granada. En ese Concilio figuran varios nombres de las ciudades en que se establecieron los misioneros enviados por Pedro y Pablo. Igualmente, la versión latina de la Sagrada Escritura, traída desde África, se difunde por esta región en aquellas fechas, mucho antes que en otras regiones españolas ni europeas, lo cual supone también un cristianismo profundamente arraigado y desde muy antiguo. El testimonio de Clemente de Roma, analizado en primer lugar, apunta-

ba igualmente hacia la Bética como la región preferentemente evangelizada por Pablo. Todo confluye, pues, a presentar como hipótesis muy probable que si el cristianismo fué tan pujante en la Bética durante los primeros siglos fué precisamente porque debió su origen a un apóstol, al apóstol Pablo, que consiguió realizar su propósito de venir a España, y lo realizó, según la frase de Clemente de Roma, llegando "hasta el extremo de Occidente", hasta la Bética, hasta la Andalucía actual. Su venida a España es un hecho históricamente cierto; su misión en Tarragona y en la Bética son hipótesis más o menos probables. Pero el cristianismo español tiene sus raíces en la predicación personal del Apóstol de las Gentes.

Un texto significativo de la segunda carta a Timoteo

Poco antes de morir, Pablo escribe en Roma la carta que muchos autores llaman "testamento" del Apóstol. Es la segunda carta a Timoteo. Por ella se ve cómo Pablo no tiene ya esperanzas de salir de la prisión, sino que derramará su sangre como libación ofrecida al Cristo que tanto ha amado. Pero utiliza en este pasaje una frase que quiero puntualizar. La expresión de la versión latina "cursum consummavi" solemos traducirla poco más o menos así: "He terminado mi carrera", es decir, todo se acabó, pronto me llegará la muerte. El pensamiento de Pablo es mucho más realista. Mira a su pasado, al curso que ha seguido su vida, a los proyectos que tenía de llevar el Evangelio por todo el Occidente, y ve que, con la gracia de Dios, ha realizado sus propósitos. Incluso ha podido llegar hasta la lejana "Hispania", a los "límites de Occidente". Por eso confiesa ahora, como testimonio de haber realizado la misión que Jesús le confiara, "ton dromon tetéleka". Ese perfecto griego "tetéleka" tiene un valor extraordinario de realización. Su verdadero sentido, por consiguiente, es éste: la carrera o misión que me encomendó Jesús la he realizado totalmente, la "he llevado hasta el fin" ("tetéleka"). Y si Pablo tenía "desde hace muchos años" (como escribe en el 58 a los Romanos) el propósito de venir hasta España, cuando ahora escribe que "he realizado mi carrera hasta el fin" es porque, efectivamente, vino hasta nosotros. Y así este texto, que para muchos pasa inadvertido, viene a ser confirmación bíblica de toda nuestra documentación extrabíblica.

Pablo vino a España partiendo de un pequeño puerto de Palestina, de Cesarea. Su predicación fructificó entre nosotros desde Tarragona hasta la Bética. El completó su misión, su carrera. Estando yo en Palestina, en Cesarea, pocos años ha, me entretuve largo rato en observar los restos de aquel puerto, con vestigios de la época de San Pablo, y en mirar largamente aquel mar hacia Occidente. De aquí partió él pensando en España. Con el correr de los siglos, de otro pequeño puerto de la Bética, de Palos de Moguer, navegaría el cristianismo hacia América. Dios quiera que los españoles seamos siempre fieles a las enseñanzas del Apóstol, que no consideraba cumplida su misión mientras no consiguiéramos traernos a Cristo hasta España, hasta los "extremos de Occidente"; Dios quiera que también seamos fieles en transmitir la herencia recibida del Apóstol hasta las "Indias Occidentales", hasta Hispanoamérica.

Acaba de aparecer

HISTORIA DE LA ESTÉTICA

Vol. I: Antigüedad griega
y romana

por **Edgard DE BRUYNE**

LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS publica en dos volúmenes la obra cumbre del profesor De Bruyne: el primero comprende la historia de la estética en la antigüedad; el segundo abarcará el estudio del tema en la patrística y en la Edad Media.

Por el estudio directo de las fuentes, la máxima objetividad en la exposición de los sistemas, la serena discusión crítica, la claridad en las síntesis y la ambientación histórica de las grandes concepciones filosóficas de la estética, constituye esta obra una de las aportaciones más originales, autorizadas y sugestivas en el panorama de la estética contemporánea.

XII + 488 páginas

En tela, 110 ptas. En plástico, 130

Pídalo a su librero, y si no lo tiene, a

BAC 227

LA EDITORIAL
CATOLICA, S. A.
Mateo Inurria, 15
M A D R I D - 16

Hay que intensificar el apostolado de la difusión de criterios católicos sobre temas de interés público

Texto íntegro de la ponencia presentada por el Centro de Sevilla y leída por don Manuel Gutiérrez de Arce en la VI Asamblea Regional de Andalucía

La formación de criterios de aplicación práctica sobre cuestiones que afecten a la vida pública y su ulterior difusión a los medios en que deban de ser utilizados constituyen la finalidad característica de A. C. N. de P. Este objetivo concreto, que matiza el contenido de nuestra denominación "propagandista", parece haber perdido actualidad para muchos miembros de la Asociación por lo que se refiere al aspecto difusor, pudiendo entenderse con verdad que muchos nada difunden de cuanto asimilan en los Círculos de Estudios.

Cierto y verdad que algunos propagandistas dan ejemplo de actividad en este sentido, rigiendo e impulsando las cadenas de prensa católica y las colecciones editoriales. Pero también verdadero y exactísimo que un alto porcentaje de "propagandistas" nada propagan, cuando menos en proporción adecuada a lo que les exige tal denominación. Sin que ello obste a que sean excelentes católicos y elementos dirigentes de necesarias obras apostólicas o que, cuando menos, sean magníficos exponentes del eficaz apostolado del ejemplo en su vida y profesiones.

Ahora bien: si notamos que algo nos falta que aglutine en un quehacer común a los que sentimos la vocación de "propagandistas", ¿no será que una gran parte ha dejado de actuar como tales y ello ha desdibujado bastante la nota que caracteriza y distingue de otras asociaciones aparecidas en lo que a formación de criterios se refiere?

Habría que meditar si no radica ahí un punto importante de la actual problemática de la Asociación y si sólo volviendo a engarzar con nuestra brillante historia por ese extremo es como la A. C. N. de P. recobraría una vitalidad que a veces parece ausentarse.

Naturalmente que cuanto antecede no quiere decir que se conviertan los miembros todos de la Asociación en oradores de las tribunas nacionales, como ocurrió en los primeros decenios de la vida de A. C. N. de P. Los modos de difusión de criterios habrán de acomodarse a los tiempos y aun a las circunstancias de edad y otras de los actuales propagandistas, pero siempre en forma que sirvan a la difusión de ideas bien elaboradas y asimiladas.

Especialmente ahora que con las últimas encíclicas pontificias y con los resultados previsibles del Concilio Vaticano II va a haber sobreabundancia de temas que comprender y criterios que divulgar, parece que se nos brinda una destacada coyuntura de autenticar nuestro título de "propagandistas" aprestándonos a servir todos a la Iglesia como ella quiere ser servida, es decir, haciendo de eco y caja de resonancia de sus nuevas orientaciones en tantas cuestiones como habrá que adoptar para su aplicación práctica en nuestra Patria.

En este sentido parece adecuado pensar en la oportunidad de un apostolado de la influencia, muy al alcance de todos los actuales propagandistas, que por haber superado en su inmensa mayoría la época de su ascenso vital están en óptimas condiciones para apoyar la creación de una amplia red de centros de difusión de criterios católicos en medios no estrictamente vinculados al apostolado seglar.

Cabría pensar en la creación de una estadística de los centros de formación de opinión existente en el país (universidades y otros centros de enseñanza, ateneos y círculos culturales, etc.) y de los instrumentos de difusión de ideas en España (prensa y radio en general, televisión, asociaciones de diversas índoles, etc.), con un detalle de sus miembros rectores, todo ello ordenado a un ulterior estudio de las posibilidades de influencia de los propagandistas en aquellos medios formadores y difusores de opinión pública a través de una adecuada coordinación con sus elementos directivos.

De tal estadística saldría un instrumento apostólico formidable, pues prácticamente llegaría a lograrse una amplia cadena ambientadora de los criterios que la Iglesia quisiera hacer calar en los españoles.

No hay ahora por qué descender a los detalles y sólo es momento para lanzar la idea, pero es de pensar si ello no serviría para aglutinarnos a todos los miembros de la Asociación en una gran tarea específicamente nuestra y al mismo tiempo si no crearíamos por este medio un cuadro de colaboraciones que puedan quizá ser muy precisas en un futuro más o menos lejano, para el que siempre será útil mantener a punto elementos entrenados de acción y en aptitud de servicio. Conviniendo también considerar si llamando a los jóvenes a esta tarea no habríamos encontrado el modo de iniciar contactos de que arranque la precisa renovación de nuestros miembros.

Consecuente a lo expuesto, se formalizan las siguientes conclusiones:

1.ª La Asociación debe urgir en sus miembros el apostolado de la difusión de criterios católicos sobre temas de actual interés público, de tal modo que la denominación "propagandistas" no esté desvinculada de la actuación de cada uno de los numerarios e inscritos activos, salvo que estén dispensados de ello por su dedicación a otros modos de apostolado absorbentes de sus posibilidades personales.

2.ª Esta actuación difusora habrá de basarse en el resultado formativo de los Círculos de Estudios, y, por supuesto, deberá adecuarse a las circunstancias de edad y otras de cada propagandista; lo que en unos llevará a la acción directa y en otros al apoyo en la tarea con su influencia personal, abriendo posibles cauces a colaboraciones necesarias.

3.ª Será conveniente el ensayo en alguna diócesis, a las órdenes del Prelado, de un centro de opinión católica que realizara los tanteos de organización de una red difusora de criterios, llamando a colaboraciones a elementos de las organizaciones juveniles apostólicas de seculares para lograr la doble finalidad de una experiencia propia sobre la posibilidad y eficacia de este modo de propaganda y para pulsar si por este medio es fácil llegar a unos contactos que hagan viable la imprescindible incorporación de los jóvenes a nuestra Asociación al brindarles un quehacer conjunto y atractivo.

NUEVA EDICION DE IDEAS CLARAS

por Fernando Martín-Sánchez Juliá

Nueva edición compendiada de uno de los textos fundamentales del pensamiento católico español contemporáneo.

Vademécum del propagandista. Instrumento eficaz para la sólida formación de la juventud española. Un conjunto de criterios actuales, concisos y prácticos que han delineado un estilo de vida y de actuación apostólica plenamente válido para nuestros días.

164 páginas

55 pesetas

EDITADO POR EURAMERICA, S. A.

Pídalo a su librero o a La Editorial Católica, S. A.

Mateo Inurria, 15. Madrid (16)